

La fiesta empieza a las diez. Susi desaparece a media tarde para arreglarse. Pepe la espera a las nueve en el bar del hotel. Cuando llega, casi no la conoce. Está guapísima, con un vestido negro, muy escotado, y un chal dorado.

—¿Qué tal, jefe? ¿Estoy bien?

—¿Bien? ¡Estás estupenda! —dice Pepe, poniéndose bien la chaqueta del «smoking» alquilado y sintiéndose muy incómodo tan arreglado.

—Usted también está muy bien. Mejor que en la oficina.

* * *

Cogen el coche y se van hacia la finca del cantante, una maravillosa playa privada con un enorme chalé rodeado de un jardín inmenso. La casa se llama «Villa Blanca». «¡Qué cursi!», piensa Pepe, que, antes de entrar, ya empieza a estar harto de tener que estar ahí. Un camino rodeado de altos pinos conduce hasta el jardín. Allí uno de los chóferes del cantante les indica dónde pueden dejar el coche. Ya han llegado muchos invitados. Hay lujosos coches aparcados. El jardín está iluminado, se oye una música muy suave y se ve gente por todas partes. Algunos llegan en sus yates, que dejan anclados en el pequeño puerto que tiene el cantante. Un poco perdidos entre tanta gente, Pepe y Susi no saben qué hacer. Un camarero les ofrece una bebida y unos canapés. Al cabo de unos minutos les saluda Arturo Sacristán:

—Espero que os lo paséis bien. Si necesitáis algo, me lo decís.

—Gracias.